

## LOS LIBROS

HOMBRES.—*Eugenio González*.—Ediciones Ercilla.

La mansedumbre agobiadora de la raza; tristeza de este pueblo enyugado al fatalismo; horizonte de límite menguado, el elemento humano se agita en un panorama sin eminencias, impelido por la triple desventura del manso, del triste y del fatal designio.

El ascentro indomable—núcleos autóctonos y zafios guerrilleros de rompe y rasga—rindieron su virtud a una conformación extática, de pueblo apaciguado por la holganza y la prodigalidad de la naturaleza.

Híbridos de pescadores y montañeses—porque el cuenco llanero no delata un galope—invadieron las ciudades con la esclavitud latente, (pedazos de cadenas colgando debajo del poncho...) porque sólo es libre y señor racial el hombre que puede alcanzar el conocimiento de las civilizaciones, sin desmayar ante la conjetura de un principio o la demostración de un fin.

El chileno limó sus garras, pero su espíritu hirsuto se enjauló en los tuétanos, sin aceptar otra realización que un probado fatalismo, suma y total discernido de su marcha hacia el derrotero de la única sugerencia razonada.

El fatalismo nuestro ha sido la tonada imperecedera del pueblo, trutruca melódica de su amor, espuela de sus ancias instintivas, acicate de su fragmentaria epopeya: paciencia de su pena, embozo de sus huesos ateridos y pan de su hambre.

Fatalidad del fatalismo...

No es raro, entonces, que «Hombres» de Eugenio González, con su tónica fatalizada, en que juegan los caracteres planificados de algunos idealistas prematuramente vencidos, represente con neta sobriedad nuestra realidad revolucionaria.

Es una novela de circunstancias temáticas conocidas por la mayoría de los espíritus inquietados por cierta efervescencia de «reivindicaciones proletarias», cuyo desenlace sin grandeza realiza el mismo poema sordo, opaco y desengañado, que nace en un dolor impotente, discurre en posibilidades y atisbos temerosos, para morir como una romántica aventura de trunca idealidad sin eje y sin directivas prefijas.

Todo previsto por el anarquista teorizante de Gómez, «más inclinado a la nebulosidad de las abstracciones literarias que a la aspereza de la acción directa», como dice el autor en su Capítulo VII.

Además, el mismo texto, nos lleva a consumir la razón de la estructura novelada, facilitando con su determinativo categórico el aliento humano de los monigotes: «El alma rural del chileno—tranquila, devota, tradicionalista—se ha transformado, roída por una creciente avidez de satisfacciones materiales».

Y en el Capítulo XII sentencia Eugenio González: «El también había confiado en la posibilidad de cambiar la sociedad, la vida, y más que eso, el corazón del hombre...» Agregando, luego después: «Eran paradójicos, risibles. ¿La nueva vida construída por las masas harapientas y crueles, la justicia social realizada por aquéllos a quienes un sórdido y secular resentimiento impediría ser justos, un porvenir de belleza y fraternidad extraído de la sangre y el odio? Aquello no tenía sentido. Y era, sin embargo, la esperanza de muchos y había sido el ideal de él mismo».

Estamos, pues, frente a un libro medular, sugerente y conformado con modelos de carne y hueso; un libro pleno de sinceridad, en cuyo encomio bastará decir, que se ha depuesto la

truculencia o el sensacionalismo del tema, para que los valores humanos se animen congruentemente, en toda una acción de titubeos románticos, como si la magia anárquica de los personajes hubiese disfrazado en gestos de carnestolendas la severa y agria actitud que merece la meditación del recemplazo de un sistema social.

Los personajes que actúan, estos hombres sorprendidos y acobardados por toda la organización burguesa que pretenden desplazar, hilachas de voluntad, sin apoyo moral de una fuerza organizada, dispersos, perseguidos, traicionados por sus mismos compañeros, no tienen la energía del trashumante gorkiano, no irradian fe y sacrificio, sino que parecen y lo son, manso rebaño, triste rebaño.

Los ejemplos singulares de una clase popular ascendida, por el esfuerzo a una clase media de privilegio, dan la pauta de esta ambigua deserción del proletariado hacia una burguesía satisfecha y ausente de reivindicacionismos preferentes.

Diez o quince años pasados, la clase media chilena fué el laboratorio intelectual del país. La burguesía o la pseudaristocracia alcanzaron a temblar ante una postergación inevitable, pero como las tradiciones son artimañas, los elementos tradicionalistas tendieron sus redes a esa clase selecta que pugnaba por variar los cánones, y la absorbieron con el halago y el chimbolo social.

Y se acabó la clase media y hoy se salta desde la calle a los salones artesonados, al club o al tálamo indo-vascongado.

Si meditamos sobre este libro de Eugenio González, veremos, también, que los revolucionarios, fueron absorbidos por la vida sin horizontes de nuestro país y sólo ha quedado un pálido reflejo, ciertas actitudes desmañadas y una teoría dispersada por una vulgar carga de carabineros.

Todos llevamos en potencia la ideología desesperanzada de Gómez, de ese viejo demagogo pulido de aristas, que salmodia sus principios de justicia social sobre la iracundia detonante de

algunos adolescentes, que tiemblan empaquetando unos petardillos de dinamita...

Cuando el pueblo interesa de verdad, Gómez se presenta como un óleo derramado en mar tormentosa. Gómez es la verdadera directiva del libro, pese a los soñadores que lanzan a la masa al sacrificio irremediable.

Gómez es el sistema evolutivo normal y Zapata el delincuente: «Zapata era un individuo impulsivo y cruel, dominado por fuertes pasiones apenas disimuladas por un vago pensamiento revolucionario. De no ser anarquista, habría sido delincuente...—Cap. II, Pág. 18».

El libro de Eugenio González contiene la enseñanza más clara y experimentada sobre el fervor reivindicacionista del proletariado. Es un aviso de los errores, a la vez que un latigazo para la desorganización material y moral de los directores.

Los subversivos ocasionales no entrañan la fe del apóstol doctrinario.

Gazaperas del complot político no activan el pulso complejo de la multitud.

Las conquistas sociales se realizan frente a los acontecimientos, encarados con el adversario, sin histerismos, sin tregua y sin cálculos de beneficios inmediatos.

«Hombres», título ironizante, es la historia compendiada de un grupo heterogéneo de obreros, estudiantes, simpatizantes, profanos y cómplices de diversa extracción, todos animados de una idea vaga, imprecisa, difusa, que desenvuelve sus chiribitas de bienestar social desde las goteras del suburbano hasta el comicio relámpago del centro ciudadano.

La esencia, la substancia, la concreción, la verdad positiva, se derrumban en la trayectoria de la teoría a la práctica.

Y, después de leer estas páginas y conocer la psicología personal de los actores, queda el dolor de haber saboreado una tentativa frustrada, un fracaso sin prólogo de altura, como que la acción empezó rampante.

El tipo de Rosenberg, traficante, rufián, hipócrita, se aprovecha de la ilusión fantaseosa del grupo desorientado para atemperar su conciencia de canalla específico.

Este personaje escalofriante, nutrido en los prostíbulos, nos da la nota más dramática del libro.

Oigamos a Eugenio González:

«Baeza, Liborio y Rosenberg se encontraron corriendo por  
« la calle Nataniel. Detrás venía un automóvil ocupado por  
« nazistas, que disparaban sus armas.

«Rosenberg, en medio de la fuga, retuvo por un brazo a  
« Baeza, que corría al lado de Liborio, y lo hizo quedarse un  
« poco atrás. Liborio siguió huyendo solo, adelante, con una  
« rapidez frenética, enloquecido por el miedo.

«—Ahora... —murmuró, jadeante, Rosenberg, sacando la  
« pistola.

«Un disparo, casi tocándolo en la nuca. Con el impulso de  
« la carrera, Liborio cayó de bruces, sin dar un gemido, sobre  
« la calzada».

¡Que asco le daría a Gómez el asesinato de Liborio, por mano de un degenerado absoluto como Rosenberg!

Porque hasta los traidores deben morir con cierta dignidad...

Eugenio González, preconcebidamente, escatimó el adorno novelero, a fuer de relator veraz del ambiente (el Mapocho no desemboca en el Volga...), pero ha construido una historia de alto valor literario, de hondo sentido humano; y, sobre toda conjetura, ha proyectado sobre las posibilidades de un futuro mejor, un haz de reflexiones merecedoras de atenta y serena meditación.—GERMÁN LUCO.